

XXII.

Silencio: oid, mortales altaneros,
 ¿Quién vive allá de la encumbrada altura?
 ¿Quién sostiene en el aire esos luceros
 Que el manto bordan de la noche obscura?
 ¿Quién es ese Señor, que á los postreros
 Rayos del sol, en toda la natura
 Esos velos descorre con sus manos,
 Y brinda al dulce sueño á los humanos?

XXIII.

¿Que sobre alados querubines vuela
 De las nocturnas auras acatado,
 Y cuando el orbe duerme él se desvela,
 Y de animales y hombres al cuidado?
 ¿Quién es, quién es, decídmelo el que vela
 Vuestro sueño tranquilo y reposado,
 O en humildes poblados, ó en ciudades
 Opulentas y ricas de maldades?

XXIV.

¡Ay! que insensato el hombre echa en olvido
 Las obras del Señor Omnipotente,
 A tanto beneficio recibido
 Con negra ingratitud indiferente.
 ¡Ay! que se arroja al mar y va perdido
 Del tempestuoso siglo en la corriente,
 Y calla el Gran Señor, y el hombre aun vive
 Abusando del bien que de él recibe.

XXV.

Que no en tanto la cándida mañana
 Oculta al universo sus fulgores,
 Que aun borda el campo de arrebol y grana
 Y matiza del prado los verdores:
 Brillan las mieses, la riqueza humana
 De activos y afanosos labradores
 Redunda á las ciudades, que engrandece,
 Y el comercio se anima y reflorece.

XXVI.

Sino que el lujo cruel, immoderado,
 Nuevas necesidades introduce,
 Y hace al hombre ostentoso y disipado,
 Y un enjambre de crímenes produce:
 Siempre de altivas clases ha bajado
 Al pueblo la impiedad, que reproduce
 En vil relajacion, de cuyo seno
 Brota en do quier mortífero veneno.

XXVII.

Mueren las artes y la industria muere,
 Y ciego el manantial de la riqueza
 Se afana en vano el hombre, nada adquiere,
 Y es mayor cada dia la pobreza:
 Y al que este pueblo mísero rigiere,
 ¿De qué sirve el talento y la destreza,
 Si con su vil indiferencia, él mismo
 Zanjó á sus piés el espantoso abismo?

XXVIII.

Y el dolo reina allí, y allí la usura,
 El hurto, el homicidio, y las pasiones
 Irrítanse unas á otras con bravura
 Y se forman en bandos y facciones:
 Sin Dios, sin ley, ¿qué cosa habrá segura?
 ¿Ni qué es el bienestar de las naciones
 Bajo el genio feroz que las anima?
 ¡Ay el que cae en tan horrenda sima!

XXIX.

Mas ¿á dónde me llevas estraviado,
 Oh musa celestial? ¡Ah! lo contemplo:
 Yo me hallo derepente trasportado
 De un tiempo en otro tiempo, y el ejemplo
 Tan solo de un mortal morigerado,
 Arrebata mi mente al sacro templo
 De la inefable religion, que el mundo
 Abandona en el sueño mas profundo.

XXX.

Bien diferente Juan, al solo aspecto
 De la callada noche, enternecido
 Alzaba al cielo con piadoso afecto
 Su amante corazón enardecido;
 Y en el reposo, símbolo imperfecto
 De la inmutable eternidad, hundido,
 Las obras del Señor encarecía,
 Y al Dios del universo bendecía.

XXXI.

Cada uno de los seres obedece
 La ley de su esencial naturaleza,
 Y vive ó muere, y disminuye ó crece,
 Según como le place á su grandeza.
 Todo es suyo, y en todo resplandece
 Su gran saber, su gloria y fortaleza:
 ¿Por qué el hombre ese inmenso señorío
 Desconoce con ciego desvarío?

XXXII.

Por sabios y apostólicos varones
 El religioso neófito ilustrado,
 Y firme en la verdad de estas razones,
 De un nuevo objeto se sintió ocupado;
 Y así se dijo, afuera dilaciones;
 Mi tío está al morir, y aun no he tratado
 De procurarle un sacerdote amable
 En trance tan funesto y lamentable.

XXXIII.

Y su manta y su báculo tomando,
 Sin esperarse mas, ligeramente
 Desampara la choza, encomendando
 A su esposa el cuidado del paciente;
 Iba veloz, y el paso enderezando
 A Tlaltelolhc, llevaba fuertemente
 Tocado el corazón de la tristeza
 Al contemplar del hombre la flaqueza.

XXXIV.

El solo en noche obscura acompañado
De tan graves penares caminaba,
Mas de tan grande asunto penetrado
Otra ninguna cosa le espantaba;
Ni el zumbido del viento destemplado
Que impetuoso en el llano atravesaba,
Ni la nocturna soledad, que infunde
Pálido horror, y el corazon confunde.

XXXV.

Era cual cisne blanco su vestido,
Y entre la espesa sombra parecia
Veloz exhalacion, ó que el egido
De la noche el fantasma recorria:
Así con tanta rapidez vencido
Gran parte ya de su camino habia,
Cuando el primer crepúsculo asomaba,
Y con la negra obscuridad luchaba.

XXXVI.

¿Por qué empero á la vista se recata
Del Tepeyác? ¿Por qué hora se sorprende?
¿Por qué el camino á proseguir no acata
Y el presto paso tímido suspende?
Allá su fantasía le retrata
Tal vez alguna cosa que le ofende,
Que cual estatua fria y sin aliento,
Se está parado allí sin movimiento?

XXXVII.

¡Oh musa! tú lo sabes, nada ignora
Tu ciencia, de este caso repentino:
Dímelo, pues, que ya se acerca la hora
De terminar mi canto peregrino.
¡Ay! ¿No ha cumplido acaso á su Señora
Lo que amorosa y tierna le previno,
Y allí el enojo suyo ha columbrado,
Y allí el temor medroso lo ha parado?

XXXVIII.

Largo rato se estuvo frente á frente
 Del alto cerro que cruzar debía
 Para ir á Tlaltelohc forzosamente,
 Y esto era á la verdad lo que sentia;
 Mas era por ventura tan urgente
 El alto fin que allá lo conducia,
 Que al cabo su camino continuando
 Se iba al temible sitio aproximando.

XXXIX.

La claridad del cielo se aumentaba,
 Y conforme la luz se iba estendiendo
 Sus rudas alas Céfito plegaba,
 La blanda brisa á jugar volviendo:
 Ni alguna nube tan siquiera flotaba
 En las altas regiones discurriendo,
 Ni helados del invierno á los rigores
 Subian de los lagos los vapores.

XL.

Todo anunciar al mundo parecia
 El sol de la florida primavera,
 A quien risueña la alba precedia
 De su triunfal carroza mensajera:
 Todo esto el fiel indiano percibia,
 Y aunque iba caminando á la ligera
 De sus propios cuidados combatido,
 Mostrábase no obstante complacido.

XLI.

Sencillo al mismo tiempo, y religioso,
 De los grandes pesares la influencia
 Recibia, y loaba respetuoso
 Del Eterno Señor la providencia:
 De su deudo el estado peligroso
 Dolíale, llevábalo en paciencia;
 El Tepeyác causábale amargura,
 Y al Tepeyác marchaba en derecha.

XLII.

En pos iba de bien, y aunque temia
 La pena de una falta no buscada,
 En todo á su deber se sometia,
 Que él era siempre su virtud amada;
 De la misma manera recibia
 El bien y el mal, que su alma ejercitada
 Estaba en la piedad; su pecho sano
 Ajustado á las reglas de cristiano.

XLIII.

¡O noble macehual! sí, la nobleza
 Que se funda en el solo nacimiento,
 Desparece del tiempo á la presteza
 Cual seco el heno del tejado al viento:
 La virtud forma solo la grandeza
 Del hombre, que es eterno su cimiento,
 Y así ¡oh feliz indiano! tu memoria
 Intacta siempre durará en la historia.

XLIV.

Comenzaba á asomar en el Oriente
 De sus dorados rayos coronado
 El sol, lustrando claro y reluciente
 Del alto cielo el cóncavo azulado;
 Cuando el activo nuncio felizmente,
 De sus continuos viajes fatigado,
 Al solitario Tepeyác llegaba,
 Y arrimado á un peñon se descansaba.